

Cuaderno de tránsito

(1985-1990)

Cuaderno de tránsito

José Antonio Cedrón

Centro de Estudios Literarios del Sur

Dibujos: Alejandro Martiarena

1ra. edición: Editorial La Tinta de Alcatraz, Universidad Autónoma del Estado de México, 1994

2da. edición: Centro de Estudios Literarios del Sur, Provincia de Buenos Aires, 2006

© José Antonio Cedrón

Registro de Propiedad Intelectual, Sogem, México

INDA 03-2000-101611155900-14

Hecho en Argentina



Primera parte

*Sólo la vida es verdad. La muerte
siempre llega tarde.*

Luis Cardoza y Aragón

Desde el último invierno, te esperan estas sombras
que vos mismo construiste.

Fantasmas que crecieron
bajo un cielo quebrado por las nubes
merodean tu casa
entonces era ella que encendía la hoguera
con sus rostros
y los otros echaban ramas secas
para que hicieran humo.

En los días que corren, vives sueños de
manos

que acompañan la noche
hablas con otra gente de lugares comunes
en un sitio fantástico, caminas
pero vuelves y escribes sobre ella
sin saber el motivo
como quien necesita que a sus ojos
le crean las miradas
los gestos que describen habitantes,
océanos, ciudades
la humedad más ansiosa de tu piel
que acabará dormida del lado de costumbre.

Extrañamente, no hablas sobre las
estaciones
y no ha faltado quien se prodigue
insinuando
la imagen mal formada de tus sueños
tu carácter de pez rodeado por anzuelos
obsesiones por tierras que dudas
si aún existen
después de tanto fuego.

Pero tus ojos no tienen defensa ante la luz
brillante

mas no puedes cerrar
la mirada del humo.
Compruebas que en la tierra
tus miedos son mayores
o igual que el de los otros.
Te da pena haber visto, beber por la salud
a tus antepasados llegados del horror
un domingo sin nombre ni apellido ni casa.

No te acostumbras nunca al sigilo nocturno

de la aldea.

Al aliento golpeando por olvidar los días.

Eres apocalíptico y escondes tus aletas

y la respiración de los deseos.

Cuando niño soñabas que eras capaz
de inventos y ternuras
pero no lo podías explicar con los labios
(aún las voces decían con su bastón curvado).
Te acomodabas en la almohada
para no oír el amor
que tus padres hacían.
Y volabas.
Creías que lo tuyo sería extraordinario
y una muchacha verde como vos
(soñando en otro puerto la misma diferencia)
daría la bienvenida a tu invento de mundo.

Desde el último invierno, escribes de las olas

que golpean el pecho.

El cuerpo no es de roca: en tus poros no hay cuevas
que alberguen los moluscos

ni luces de marinos que internen sus arpones.

Si lograran llevarte hasta la orilla, encontrarían en vos
sombras que construiste bajo un cielo quebrado por las nubes

una casa habitada por papeles

ese traje de baño, azul, con pollerita

y la hebilla oxidada como un ancla

(por tanto sumergirte)

y más atrás el balde, vacío, de la infancia

donde jugó la arena.

Lejos, un barco hundido que traería tu nombre.

Porque no estás y sabes

que no estás

miras la costa, imaginas tu arribo.

Hay viento a la deriva sobre aquellas desdichas.

De vuelta a la memoria te imaginas

sentado junto a tus amigos de la infancia

extrañamente inquietos, hablando de los hijos

y de las carnes frescas

de ese país desnudo

sobre cuatro paredes de tu piel.

Eres tan libre de vivir o de morir

como tantos rehenes cercados de este tiempo.

Desde el último invierno, sabes intensamente

el color de la noche.

Si regresas a casa, apoyarás las llaves en la mesa
y el único sonido de tus pasos
no logra someterte:

vives ruidos ajenos, conversaciones, gritos
que asedian a tu puerta.

Oyes a Keats viajar entre crueldades
con una transparencia que nunca te sucede
y si piensas en ella te sueles demorar
en los buenos momentos
inexplicablemente con tristeza.

Bastaría mirar el propio mar

asir el movimiento de su vida a tus manos
para poblar la playa de salvajes certezas.

Esas eternidades quedarán retenidas
en los nudos más fuertes de tu barca.

Las harás regresar inconsciente o despierto
sobre mesas, paisajes, rostros ajenos, gestos
y pensarás que alguien
desde el último invierno que recuerdas
tal vez te llevó lejos y deshizo las huellas.

Borroneas la noche hasta que yace
quieta.

Ya le diste tu sueño.

El mismo mundo, ahora, parece bueno, y tibio.

Sin un solo rasguño.

La muerte intransferible, no podría anunciarse.

No puede sorprenderte.

Sabe que al tercer día de haber dado contigo

regresarías como los pescadores

a la hora indicada por los vientos

con nombres de mujeres en sus velas

y en las inmediaciones de su cuerpo

besarías el cielo.

Este último invierno, los vientos no pudieron
retener las palabras

ellas arrastran, solas, la intimidad guardada.

Febrero es una copa, que silba desde el alba
hasta tus labios.

Aún viven tus padres: "buena salud y trabajo",
te repites.

Y el círculo de entonces
ya no cabe en la luna del espejo.

Se extendió por un sueño bebido en varias fuentes.

Regresas como siempre.

A tus manos le falta una caricia.

Bien sabes que no escribes

sólo oyes las olas del mar embravecido
que tomaron las playas por asalto.

Sobre las rocas y los muelles quebrados
quedan restos de lo que fueron casas,
una ventana azul, embarcaciones mudas
pedazos que intentaron los días que ahora

aprehendes

del olor nauseabundo a la ilusión

que rehace la marea.

Los signos del que busca
en el cuerpo cerrado de un anillo
las noticias del mundo.

Mientras bajan las aguas
memoras aquel aire que agitaban
las vidas.

Ahora no hay referencias que toques
con las manos
(acaso semejanzas de sueños repetidos).

El gran barco se ha hundido
y de su cuerpo quedan, aún flotando
silencios de maderas.

Cruzan el nuevo día con lo que fue nosotros:
aire, camino, gritos
que no llegan a tierra.

En los nombres perdidos, la historia se detuvo
por un momento.

Enseguida la lluvia les tendió su cortina
los amarró al pasado.

Te negarás a ella mientras dure la vida
de otros náufragos: los desaparecidos,
que no desaparecen.

En el fondo hay testigos que hablarán
por sus piedras
cuando suba la boca del anzuelo.

Tinieblas, claridades, nos hicieron creer
y descreer.

El sol sobre los ojos formó nuestra razón
y hubo que ver con ellos.

Si de nuevo estuvieras afuera de sus sombras
no tendrías las dudas para vivir aquello
que ahora sabes.

El oído que viaja no resiste el volumen.
Pide misericordia, un poco de silencio
a las palabras.

Si oyeras a esos días acercarse otra vez
no sabrías qué hacer.

La experiencia es el eco de un caracol sin nombre
que arrastró la marea y aún corrige la arena.

De lo que fue aprendido sobre esos movimientos
nos queda la costumbre.

Ni huellas ni señales de lo que sabes ahora, sobrevive.

Las estaciones vuelven sobre los mismos ojos
que absorbieron el mundo que te toca.

Podrías bajar los párpados hasta olvidarlo todo
y sentir aquel sol que formó tu razón
sobre esos mismos pliegues.

Comieron de tu furia, lo sabes. De tu amor.

De lo que nunca vas a arrepentirte.

Antes que te disequen consigue dos testigos
entre aquellos que fueron
sobre todas las cosas.

Él cabalga y sus cascos no dejan

acercar el sueño.

Algún sueño que llegue con banderas de paz,
de última guerra.

El aire trae vacío de cartuchos
perdidos de su ruta.

La poesía me arroja sus piernas lastimadas,
su boca ensangrentada. Y ha entornado la puerta.

Se ha cortado la lengua y el borbotón de sangre
le estalla entre mis dientes.

¿Cómo llamarte, padre, y que me oigas?



Segunda parte

*¿Buscas el fuego? Búscalo
en la ceniza.*

(rabino hasídico)

Entramos en un año desmemoriado, lento.

Pero la piel no sabe detenerse.

De lo que en otros fuimos desde

el último invierno

ella no alza sus mástiles

por derrotada o débil.

Apenas sabe que hubo una sola partida

Estamos validando la derrota

y va a llegar su miedo

para dejarnos sin centro, mientras

la noche pasa

y el olor de la basura atraviesa el océano.

Nuestros abuelos duermen el sueño de la guerra

al fondo de la muerte que vivieron.

Hoy toda su justicia nos concierne.

Ni el vino que tomamos lo desmiente.

Escribo atravesando la *semana santa*

del año 1987.

Y ella me atraviesa.

Alguien dirá el amor con un revólver gatillado

sobre su nuca.

Y el cadáver saldrá de la estampida

como un hijo perdido que se busca

sin ningún comentario

de espejo en espejo.

El vidrio estallará y en esos fragmentos

no encontrarás el cuerpo de Cristo

sino

la cápsula vacía de una bala que fue disparada

por cada uno de vos

durante la primera Campaña del Desierto.
Todavía hay poesía que crece en esos pastos.
Ángeles asustados de que su parentesco
sea un acto de amor contra la muerte.
Aún es *semana santa* en muchos versos.

La muerte ha agigantado su cadáver

de marzo

y estamos en abril.

Ahora ya no va a entrar relampagueante.

Todavía se puede amanecer, se puede atardecer.

En los museos de historia encontrarás tus vidas
y los primeros barcos que trajeron tu sangre
pero ella no estará detenida en el tiempo
circula por las ruedas de los ferrocarriles
en las cajas del máuser que derribó la flecha
en el vino que lava tus pecados
y en el nombre de aquellos
que seguirán creciendo
en la hoja de un vientre acuchillado.

¿Quién eres en este mundo?

Vivo el estercolero del animal de circo

donde habito

en impaciente espera

la próxima función obligatoria.

Y aún el brutal asombro te anuncia

con verdad

vida que tienes fuerzas de mi vida

dame tu voluntad.

Árbol predestinado a vivir en su sitio

y a morir.

El brillo del cansancio sobre el cabello

oscuro de la tierra

no se riega a sí.

Largo crepúsculo espera al hombre, lo podado.

Le sobrevivirán los soles

que acostumbró a su sombra.



José Antonio Cedrón nació en Buenos Aires.

Publicó los poemarios *La tierra sin segundos*; *De este lado y del otro*; *Actas* y el reportaje novelado *El Negocio de la Fe*.

Integró la mesa directiva de la Agrupación Gremial de Escritores Argentinos.

Obtuvo el II Premio Cincuentenario del Periódico *Alberdi*;

Primera Mención Honorífica Premio Latinoamericano de Poesía *Rubén Darío*;

Mención Premio *Carlos Pellicer* para Obra Publicada en México,

y el Premio Nacional de Poesía de México *Sinaloa*.

Parte de su obra fue traducida al francés, inglés, y portugués.

Trabajó para la Universidad Autónoma de Puebla durante cinco años.

Fue coordinador de Ediciones del diario *unomásuno*, y editor de la revista *Este País*.

Es coautor de libros de texto de Español para la Secretaría de Educación Pública (SEP) en el programa de Secundaria a Distancia para Adultos.

Ha sido maestro en el Diplomado en Creación Literaria de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem).

Desde el 2001 trabaja en la Subdirección General de Educación e Investigación Artísticas del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), y como docente en la cátedra

Lengua y Comunicación del Centro Morelense de las Artes (CMA)

y en el programa académico Superior Universitario en Docencia en Artes